

La mayoría relativa de la ultraderecha en las elecciones francesas: ¿Cómo se llegó a esto?

2 de junio de 2014. Servicio Noticioso Un Mundo Que Ganar. El Frente Nacional (FN) triunfó en las elecciones al Parlamento Europeo en Francia, ganando la contienda con un cuarto de los votos. Le asestaron una “bofetada” a la derecha tradicional, que quedó muy atrás, y dejaron a los Socialistas y sus aliados “humillados” y en “ruinas”, como dijeron los comentaristas. Con menos del 14% de los votos, el Partido Socialista hoy en el poder se parece al grupo marginal que solía ser el FN.

Por qué pasó esto y qué significa son preguntas que se entenderán mejor luego de un análisis más detallado de las elecciones del 25 de mayo y posteriores acontecimientos. Por ahora, analizando no solo estas elecciones sino más ampliamente la sociedad y la política francesas, lo mínimo que se puede decir es que estamos presenciando el surgimiento de una atmósfera nacionalista y anti-inmigrantes con insinuaciones fascistas en el contexto de una más amplia agitación cultural. El completamente derrotado político reformista Jean-Luc Mélenchon lo llamó una “erupción volcánica” que puede reconfigurar el panorama político del país y una señal de una “guerra de civilizaciones” en la esfera cultural.

Fascismo es uno de esos términos usados con frecuencia de forma tan laxa como para no decir casi nada, y sin embargo no es difícil reconocerlo cuando lo ves. El FN se fundó como uno de los movimientos más o menos abiertamente fascistas y neonazis de los años 70, movido por la convicción de que Francia debería aferrarse a sus colonias, especialmente Argelia, y en últimas con raíces en el régimen de Philippe Pétain, el general que gobernó Francia colaborando con la ocupación nazi durante la Segunda Guerra Mundial. Es parte de una constelación más amplia históricamente agrupada alrededor de la iglesia católica en oposición al laicismo, a la forma republicana de gobierno y muchas veces a los judíos.

Pero en este momento la forma de gobierno republicana y parlamentaria no es un verdadero peligro, ni es la preocupación de muchos. Hasta hace poco, la principal preocupación ha sido lo que ven como la amenaza a la familia patriarcal. El año pasado estas tendencias movilizaron a varios cientos de miles a las calles para “defender la familia” contra la reciente legalización del matrimonio homosexual y especialmente el fantasma de la adopción por parejas homosexuales, vistos como un simbólico fin del mundo como ellos creen que debería ser, tan contrario a la moral y valores cristianos como alguna vez consideraron a los judíos.

El triunfo electoral se dio sobre bases simbólicas similares, pero fue más abiertamente político —y quizás el FN optó por centrarse en algo más estrecho para ampliar su atractivo. La actual líder del partido, Marine Le Pen, trató de distanciarse del antisemitismo explícito de su padre, Jean-Marie Le Pen, e incluso expulsó a algunos miembros por repetir el tipo de comentarios casuales juedocidas por los que es famoso el fundador del FN, pero no se ha distanciado del mismo Jean-Marie, quien sigue siendo el jefe honorario del partido. Con esta ambigüedad, ella ablandó y a la vez mantuvo el antisemitismo que, como todos sus partidarios saben, es un elemento central de la identidad del partido y sigue siendo un factor de unidad entre los sectores reaccionarios de las clases medias y bajas, aunque ya no esté en boga entre la clase dominante francesa.

Marine no ha sido ni siquiera un poco ambigua sobre el histórico racismo del partido. Hablando en una concentración del FN en vísperas de las elecciones parlamentarias europeas, su padre advirtió que los franceses estaban en peligro de ser “reemplazados” por “una invasión inmigrante”, y luego añadió que todavía había esperanza: “Don Ébola [una enfermedad letal que apareció hace poco en África] podría resolverlo en tres meses”. Alguna gente quedó impactada, pero ella lo defendió diciendo que simplemente estaba haciendo comentarios neutrales sobre acontecimientos en África y no estaba defendiendo nada.

Es cierto que su programa “solo” llama a restringir drásticamente la inmigración, a expulsar a amplias categorías de extranjeros y a darle preferencia a los nacidos en Francia para conseguir empleo, vivienda, beneficios sociales, etc., y no a la eliminación de nadie. Pero el partido nazi, también, abogó por la exclusión y no la eliminación de judíos hasta 1942, cuando decidió que la “solución final” era la única solución. Es estratégicamente vital entender las verdaderas diferencias entre el núcleo del FN, su amplia base de simpatizantes, y los millones que votaron por él sin pensarlo mucho. Sin embargo la mayoría de la gente que voto por el FN —y casi todos los demás— entendieron que un voto por el FN era un voto para deshacerse de los extranjeros de una u otra forma.

Tradicionalmente, las zonas de mayor respaldo al FN son, de hecho, lugares con relativamente pocos inmigrantes, no principalmente ciudades sino lugares como la Alsacia rural, el otrora cinturón industrial del norte y zonas a lo largo de la costa sur con un alto porcentaje de *pièds noirs*, familias de ex colonos franceses en el norte de África. Incluso sin un análisis detallado de los resultados electorales, algo que resalta es el nuevo nivel de respaldo del FN en esas zonas y ahora más ampliamente en gran parte del país y sus clases bajas blancas. Ese avance significativo se evidenció desde las elecciones municipales de marzo cuando el FN ganó en Henin-Baumont, un antiguo pueblo minero norteño que por generaciones había sido un bastión del revisionista Partido Comunista Francés (PCF) y de los Socialistas.

Al analizar el respaldo al FN, si bien aquellos clasificados como trabajadores y empleados, tanto con empleo como desempleados, y gente menor de 35 años, fueron mucho menos propensos a votar que la población en general, un porcentaje relativamente más alto de los que sí votaron entre esas categorías lo hicieron por el FN. En general, entre más pobre el grupo familiar, y entre más joven el votante, muy probablemente se abstuvieron o votaron por el FN. Ambos casos expresan un rechazo a la política como se ha practicado en Francia.

Según una encuesta de la firma encuestadora IPSOS, cuando a los potenciales votantes les pidieron enumerar los dos asuntos principales de estas elecciones, dos tercios de los partidarios del FN catalogaron la inmigración como su preocupación principal, mientras que un tercio puso primero el alto costo de vida. Por supuesto, los encuestadores muchas veces distorsionan las respuestas por la forma en que plantean las preguntas, pero la mayoría de votantes mencionó la reducción del poder de compra, el desempleo y otros tipos de penurias económicas. Lo que resalta del FN es que asocia las dos cuestiones. Además, si bien el FN se opone a la Unión Europea en su forma actual, esa posición es realmente menos central a su identidad que en algunos partidos de “extrema izquierda” (incluyendo lo que queda del movimiento antiglobalización francés) a quienes les fue muy mal en estas elecciones.

En resumen, la oposición a los extranjeros es la característica más importante y determinante del FN. (En las manifestaciones de los jóvenes contra ese partido y todo lo que representa, unos días antes de las elecciones, lo llamaron el “F-haine”, el frente del odio) ¿Qué explica su atractivo en este momento?

Los factores comúnmente mencionados no explican mucho. La presencia de extranjeros no es lo que suscita la histeria anti-extranjeros. Por lo menos un tercio de los franceses de hoy son producto de la inmigración en el transcurso del siglo XX, y el porcentaje de inmigrantes no ha cambiado mucho en los últimos años. Además, con un 8% de su población nacida en el exterior, Francia ni siquiera se acerca a España, que pasó de tener unos cuantos inmigrantes a la mayor cantidad en Europa en dos décadas, o a Italia en términos de las nuevas oleadas de inmigrantes que llegan a sus costas. Sin embargo los partidos de ultraderecha no avanzaron en las elecciones celebradas simultáneamente en esos países.

En cuanto a la situación económica, tampoco explica mucho por qué se produjeron estos resultados. La ecuación “Cuatro millones de extranjeros = cuatro millones de empleos” que recorre las redes sociales habla de la conexión psicológica entre las penurias económicas y la inmigración, pero de hecho tiene muy poco fundamento. El amplio sector de la clase trabajadora que solía disfrutar de un empleo estable y beneficios, por no decir un salario alto, o en otras palabras el tipo de gente que otrora fuera la base del PCF, la “gente de la izquierda”, como los llamaban, no está perdiendo su empleo por culpa de los inmigrantes —sus puestos de trabajo en fábricas e industrias completas están desapareciendo, y la mayoría no quiere los trabajos que hacen los extranjeros. Los inmigrantes no le están arrebatando a nadie la vivienda, la salud y otros beneficios sociales. El ascenso del FN es inimaginable sin las penurias económicas y la precariedad laboral de hoy, pero no es la única consecuencia posible.

Por ejemplo, no hubo ningún fenómeno similar al FN en las elecciones al Parlamento Europeo celebradas ese mismo día en España, donde han hundido en la pobreza a muchos más trabajadores y empleados que en Francia, ni en Grecia, donde la organización neonazi Amanecer Dorado obtuvo el 9,3% de los votos, cerca de un tercio de los de la “ultraizquierdista” Syriza. Es claro que los cada vez más rápidos cambios en la economía mundial y en las estructuras económicas en Europa y Norteamérica están definiendo el escenario, pero la trama no tiene un desenlace dramático inevitable.

Por qué la interacción entre la situación económica y la política, la cultura, etc., ha funcionado de esta manera hasta ahora en Francia es una cuestión muy compleja, pero resaltan algunos puntos fundamentales y tienen más importancia universal. El fantástico temor de los oriundos a ser “reemplazados” parece ser un

señalizador para algo más. Si hay una palabra que a los partidarios del FN les gusta adoptar, es “identidad”. En su opinión, lo que está en peligro es la identidad del país y de su pueblo.

La cuestión real no son los extranjeros en Francia, sino que la evolución de la sociedad francesa moderna ha hecho sentir extranjera a mucha gente. Aunque alguna gente se molesta cuando ve caras diferentes a la suya en el mercado al aire libre, esto no parece ser suficiente para que muchos digan “Me siento como un extraño en mi propio país”. La palabra “identidad” se refiere a los valores y la cultura que alguna vez definieron oficialmente el tejido social de Francia, los valores y la cultura comunes oficiales que supuestamente mantienen unida a la sociedad. Aunque la mayoría de votantes del FN poco saben de Pétain o poco les importa éste, su lema “Trabajo, Familia, y Patria” encierra una idea común de cómo debería ser la sociedad.

La cuestión crucial es qué tipo de sociedad quiere la gente. Parece haber una nostalgia por lo que Francia alguna vez fue, por lo menos en ciertas memorias defectuosas, durante los “treinta gloriosos” (las tres décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial), cuando el futuro parecía prometedor hasta para la gente del fondo de la sociedad, trabajadores y otra gente recibieron vivienda, asistencia en salud y otros beneficios sociales hoy en peligro, y aún prevalecían los valores religiosos y patriarcales, socialmente conservadores, de lo que había sido una sociedad en gran medida de pueblo pequeño. Todo eso se rebatió ferozmente en la rebelión de mayo de 1968, cuando millones de jóvenes de todas las clases adoptaron la aptitud de “seamos realistas, exijamos lo imposible” (que significaba un mundo que, a pesar de su vaga definición, sería completamente mejor).

Si bien ese movimiento acabó hace rato, mucha gente considera que el retroceso en la sociedad desde entonces no ha sido cabalmente suficiente y quieren revertir los veredictos sobre cuestiones básicas como si es moralmente mala o no la opresión —a los inmigrantes y a los homosexuales, por ejemplo—, y qué tan estrictamente las enseñanzas de la Iglesia deben gobernar la sociedad. Esta contradicción se ha agudizado aún más por los cambios en la sociedad desde los años 60, en especial el mayor debilitamiento de las viejas formas de opresión a la mujer y la familia tradicional y las relaciones de género, y las nuevas mezclas culturales que mucha gente acogió.

Es precisamente debido a que cuestiones morales y sociales como esas siguen sin resolver en la opinión pública, y a que varios millones han asumido una posición firmemente progresista contra el retroceso de hoy (aunque no recientemente), que algunas fuerzas de arriba, así como mucha gente entre las masas, quieren saldar cuentas de una vez por todas con Mayo del 68.

El ascenso del FN se debe poner en perspectiva desde diversos ángulos. Primero, las elecciones del Parlamento Europeo no son de mucha trascendencia, comparadas con las elecciones presidenciales, por ejemplo, y como es común, cerca del 57% de los votantes registrados no se molestan en salir. Por tanto, el FN obtuvo un cuarto de menos de la mitad del electorado. Pero alguna gente está demasiado tranquila con esa idea. El FN ha juntado un movimiento envalentonado y entusiasta de gente ansiosa de deshacerse de los inmigrantes, los no blancos, los gais (no es un tema de campaña, pero “todo el mundo lo sabe”) y quien sabe que más, mientras los partidos tradicionales han perdido su legitimidad y hasta su moral. Aquellos que odian *tanto* el mundo como es *así como* el mundo como lo quiere el FN, han sido dejados pasivos y a la deriva.

En segundo lugar, el enfoque y el programa del FN están más dentro de la política común que lo que admiten la mayoría de los observadores —aunque Marine Le Pen no es uno de ellos. Con frecuencia ha acusado tanto a la derecha tradicional como al actual gobierno Socialista de robarle su programa: “¿Por qué aceptar una copia cuando se puede tener el original?”. Todo el espectro político francés se ha movido en la dirección del FN durante años.

En ninguna parte es más obvio que con respecto a la “seguridad” y la inmigración. Todos los programas de los partidos tradicionales hacen eco al llamado del FN a que la policía ejerza “cero tolerancia” hacia los jóvenes inmigrantes y sus amigos en las urbanizaciones públicas. El actual primer ministro Socialista Manuel Valls ha convertido la “cero tolerancia” y la represión de los inmigrantes en el sello de su carrera política.

Como joven alcalde en ascenso bloqueó la apertura de un supermercado hallal (islámicamente aceptable) y triplicó el tamaño de la policía local. Como ministro de interior alardeó de establecer un record en la expulsión de inmigrantes y envió a la policía nacional a arrasar los inmuebles invadidos y los campamentos de inmigrantes para empujar a sus ocupantes a aceptar la deportación “voluntaria”. Él, más que cualquier otro individuo, hizo socialmente aceptable odiar a los rom (gitanos de Europa oriental). Una vez le han dicho a todo grupo étnico que “en Francia no hay lugar” para ellos y, de forma más general, una vez la inmigración

es calificada de “problema” y los inmigrantes se convierten en blanco, se puede concluir que Valls y el Partido Socialista han legitimado la “solución” más radical del FN.

Los Socialistas y la derecha tradicional han aceptado al FN como un partido igual que los otros, no solo por su intención abiertamente declarada de quitarle sus votantes, sino más aún, porque no pueden criticar totalmente sus características más horribles sin exponer su propia verdadera cara. Su democracia electoral significa que en vez de usar la razón y los argumentos para quitarle votantes a las posiciones del FN, al tiempo que se insiste firmemente en los principios, a cambio de eso adoptan esas posiciones. Pretenden que no tienen opción: si no deportan suficiente gente, el FN llegará al poder y deportará mucho más. Su “democracia” es una excusa y un mecanismo, no solo para pisotear los derechos de los inmigrantes y otras injusticias que nunca deben considerarse aceptables, sino también para engañar y degradar a la población.

Unos días antes las elecciones al Parlamento Europeo, estudiantes de secundaria usaron las redes sociales para organizar manifestaciones contra el FN en París y al menos media docena de otras ciudades, así como enfrente de los colegios. A diferencia de la mayoría de los inanimados eventos “izquierdistas” en Francia, no hubo un atronador equipo de sonido para esconder el hecho de que la gente se aburre, y hubo pocos accesorios comunes como carteles y eslóganes hechos de forma masiva. Eran solo jóvenes proclamando “Todos somos hijos de inmigrantes” y “FN, los jóvenes se cagan en ustedes”. No vamos a ver al primer ministro Valls, que es un inmigrante español (es decir, “blanco”), adoptar ese eslogan o ese enfoque. Los medios de comunicación pro-Socialistas se burlaron de estos jóvenes, porque sus protestas solo sumaron unas 10.000 personas en todo el país, y más aún porque como la mayoría de los jóvenes no votó, la victoria del FN era “su culpa”. Los viejos del partido Socialista, el Comunista y otros partidos dijeron que la respuesta es empezar a movilizar a los jóvenes para las elecciones presidenciales de 2017.

Generación tras generación ha sido arrastrada al juego electoral a nombre de aplastar al FN. Sin embargo el FN está más poderoso que nunca, y los partidos tradicionales están más parecidos que nunca al FN. Un ataque policial particularmente brutal contra un campamento de inmigrantes en Calais justo después de las elecciones parece un calentamiento para la futura campaña Socialista. El sistema político y económico de Francia es lo que ha llevado al país a donde está hoy. Sería trágico si se engañara a una nueva generación a pensar que defender ese sistema es lo mejor que pueden hacer. ❑